

Los jóvenes y el sentido religioso de la vida

SECUNDINO MOVILLA

Entre los varios aspectos abordados por el Documento *Dimensión religiosa de la educación en la Escuela Católica* —que la revista *Sinite* se propone estudiar en este número monográfico—, figura en primer lugar el del sujeto educando, en nuestro caso concreto, el de los jóvenes de hoy vistos en su faceta de relación a lo religioso. Voy a tratar este punto organizando mi reflexión en torno a estas tres consideraciones: 1^a) Las claves en que el propio Documento parece situar el mencionado problema de los jóvenes ante la dimensión religiosa de la vida. 2^a) Algunas otras claves que yo me atrevería a proponer. 3^a) Sugerencias que pueden ayudar a una mejor activación de las propuestas operativas que ofrece el Documento.

1. Claves del documento: situación de los jóvenes y misión de la escuela católica.

Me viene a la memoria al iniciar estas reflexiones aquel dicho pedagógico que explica en parte la evolución de los diferentes estilos educativos y que poco más o menos era formulado en estos términos progresivos: Hubo un tiempo en que «para enseñar latín a Juan lo importante era saber latín» (el polo decisivo en esta perspectiva lo constituía, pues, el maestro respaldado por su competencia profesional); se ha insistido luego en que «para enseñar latín a Juan había que conocer también a Juan» (con lo que el interés educativo debía tomar

en consideración además el necesario conocimiento del alumno); y, por fin, se asegura que «para enseñar latín a Juan hay que saber además qué es lo que pasa entre el profesor y Juan» (es decir, hay que percatarse de los mecanismos y factores, conscientes unos, inconscientes otros, que concurren e interfieren en la relación pedagógica).

Estos dichos clarifican y justifican de alguna manera el tenor de los argumentos o claves aducidos por el Documento, a saber, el de la ineludible obligación que tienen los educadores de conocer y analizar realísticamente la condición juvenil (n.7), y el de la necesidad de «revisar no sólo la metodología y los contenidos educativos religiosos, sino también el proyecto global en que se desarrolla todo el proceso educativo de los alumnos» (n. 19), en función, claro está, de poder ofrecer propuestas educativas que conecten y sintonicen con el talante y forma de ser de los jóvenes y se adecuen a las necesidades y demandas en ellos percibidas. Con lo que se pone en práctica el tercer matiz del dicho pedagógico de cuidar la relación que debe darse entre la plataforma escolar y los alumnos que la frecuentan.

Respecto al conocimiento y percepción que es preciso alcanzar de los jóvenes, el Documento hace una serie de puntualizaciones que no conviene pasar por alto. Se refiere, en primer lugar, a lo determinante que resulta en la vida de los jóvenes su *ubicación* (n.8), no sólo material (viven por lo general en «grandes áreas urbanizadas e industrializadas»), sino sobre todo social y cultural («amplia disponibilidad de bienes de consumo, múltiples oportunidades de estudio, complejos sistemas de comunicación»). Menciona luego la influencia considerable que ejercen en ellos las «mentalidades y corrientes dominantes», desprovistos como están de la suficiente «capacidad crítica» y de «puntos de referencia religiosa y moral» y que les conduce a un estado de perplejidad de no saber muchas veces qué dirección seguir (n. 9). Y se detiene, acto seguido, en la descripción pormenorizada de algunas *características* comunes a la juventud de hoy día (nn. 10-14).

Particular insistencia hace el Documento en el deber de conocer cuáles son las posturas que mantienen hoy día los jóvenes frente a lo religioso (n. 9), si bien adelanta algunas que reflejan «el fenómeno del alejamiento de la fe de muchos jóvenes», el de la «hostilidad hacia las instituciones eclesíásticas» (n. 15), la «indiferencia religiosa» y cier-

tas búsquedas de sustitutivos religiosos (n. 16), y otras que no quieren ignorar la actitud de algunos jóvenes que plantean una especie de «demanda crítica ante la religión para saber si ella puede responder a los problemas de la humanidad» o que apuntan a «una exigencia de profundización en la fe y de vivir con coherencia... o de compromiso responsable en la acción» (n.21).

Merece la pena subrayar asimismo el tipo de conocimiento exigido por el Documento, que desde luego no debe ser para nada distante ni superficial («los educadores no deben limitarse a observar los fenómenos, sino que deben buscar sus causas», dice en el n. 17), y que en lo referente a las actitudes religiosas invita a llegar hasta un «conocimiento mejor de la naturaleza de la demanda religiosa juvenil» (n. 20) y de las «situaciones personales de los alumnos» (n.23).

De otra parte, y por lo que se refiere al papel de la escuela católica, el Documento no duda en interpelar acerca de la escasa influencia que de hecho tiene en la vida de los jóvenes que a ella acuden o de las probables deficiencias en el testimonio y en la exposición clara de los auténticos valores (n. 19), al tiempo que le recuerda su función de «desarrollar un proyecto educativo iluminado por el mensaje evangélico y atento a las necesidades de los jóvenes» (n.22).

La consecuencia que parece desprenderse de todo esto es obvia: la escuela católica no puede seguir desarrollando su labor educativa invocando sin más su orientación básica o sus principios, sino que en las actuales circunstancias se le impone el ineludible deber de prestar una singular atención a los jóvenes, sus alumnos, con el fin de conocer más de cerca y más a fondo cuál es su situación real, cuáles son sus demandas y necesidades, y de este modo poder acomodar mejor a ellas sus ofertas educativas.

2. Otras claves que me gustaría añadir

Con el fin de iluminar el alcance de las claves que acabo de enunciar, tomadas del mismo Documento, quisiera dedicarme ahora a puntualizar y comentar algunos de los factores que en ellas interfieren de manera evidente. Y, aunque en orden inverso, voy a decir algo relati-

vo a la escuela católica para referirme, a continuación, a algunos de los aspectos que atañen a la situación religiosa de los jóvenes en el ámbito postindustrial o posmoderno en que éstos se sitúan y en el que se ven particularmente afectados.

a) Si, como el propio Documento reconoce, «gran número de escuelas católicas se encuentran en aquellas partes del mundo donde se producen actualmente profundos cambios de mentalidad y de vida» (n. 8), sería iluso pedir hoy para una tal escuela las prerrogativas sociales que tuvo en otros tiempos y en otros contextos. Nos movemos hoy en un clima social y cultural distinto, donde el fenómeno de la secularización ha adquirido carta de ciudadanía en nuestra sociedad y donde la religiosidad tradicional está en franca decadencia y se percibe a todas luces la baja de las creencias religiosas expresadas públicamente. En esta sociedad de cambios imparables salta a la vista cómo las instituciones religiosas pierden día a día relevancia social y, con ellas, la instancia educativa de lo religioso no corre mejor suerte. Obviamente, no se trata aquí de un fenómeno que haya que contemplar aisladamente, sino de un hecho que hay que situarlo, para su mejor comprensión, dentro de una crisis al parecer generalizada de los procesos de socialización religiosa, que a su vez debe encuadrarse en un contexto mucho más amplio de pérdida de incidencia de las agencias tradicionales de socialización (familia, parroquia, escuela), debido entre otras cosas a las notables transformaciones que ha sufrido el fenómeno religioso en las dos o tres últimas décadas (1).

b) A comprender todo esto puede ayudarnos sin duda el tomar conciencia de los aspectos más importantes que caracterizan a la llamada sociedad postindustrial y posmoderna, entre los que destacan: el sentido de utilidad y de eficacia o subjetivismo pragmatista unido a la poderosa influencia de la técnica; la crisis de ideologías y de valores referenciales con la consiguiente relativización de los discursos explicativos de la realidad (entre ellos el «religioso»); la acentuación de lo privado y de la experiencia personal como medida de todo lo que acontece alrededor; la búsqueda de satisfacciones placenteras e inmediatas que descarta todo lo que pueda significar esfuerzo o sa-

(1) F. MASTROFINI Y A. NANNI: *Giovani oggi. Una generazione tra utopia e disincanto*. Coletti, Roma 1984, pg.93

crificio; el afianzamiento de la cultura de consumo que conlleva pasividad, abotagamiento y peligro evidente de manipulación; el favorecimiento de una cierta cultura de la irracionalidad que conduce en unos casos a posturas de espontaneidad anárquica y de agresividad, y, en otros, a comportamientos evasivos y de fuga hacia la no implicación o evitación del compromiso. Todos estos indicadores, como es obvio, configuran un clima cultural donde al parecer no queda sitio para experiencias antropológicas de base, para la gratuidad, la apertura al trascendente, el significado religioso de la existencia, la invocación de la utopía movilizadora, etc. Y en cambio sí provoca en las personas la indiferencia, el repliegue narcisista, el vacío interno que no es posible llenar con sustitutivos de corto alcance... No seríamos justos con todo si no aludiésemos a otros aspectos propios del vivir posmoderno, a los llamados valores postmaterialistas, que podrían contribuir, éstos sí, a un nuevo relanzamiento de la experiencia religiosa, y entre los que cabe resaltar: la realización personal en libertad, la afirmación de lo comunitario, la sensibilidad a los problemas ecológicos, a toda forma de injusticia y de marginación, a los derechos humanos..., la participación en forma de voluntariado y de colaboración con iniciativas que se pretenden independientes de lo político (en el sentido de «antes» o «más allá» de lo político), el deseo de acceder a lo religioso por la vía de un protagonismo activo, experiencial, en grupo, etc. (2).

En síntesis, lo que quisiera formular como consecuencia de todo lo indicado es el dato de que en esta sociedad llamada postindustrial o posmoderna, que parece guiarse sólo por un sentido de utilidad pragmática y de cálculo racional, no está dicho que rechace de plano cualquier referencia religiosa. Es cuestión de saber distinguir la religiosidad tradicional, expresada a través de unas determinadas prácticas exteriores (que esto sí que está perdiendo reconocimiento y aceptación) de otra consideración de lo religioso, entendido como dimensión profunda de la vida, y a la que muchos (jóvenes) se remiten, incluso de manera implícita cada vez que han de vérselas con el sentido o sin sentido de su propia existencia. Desde esta perspectiva me-

(2) A estos factores posmodernos aluden entre otros, J. CERVERA: *La religiosidad entre los jóvenes*, en *Pastoral Misionera*, noviembre 1987, pgs. 43-56; L. SEQUEIROS: *Fe, cultura e increencia en la juventud actual*, en la *Revista Proyección*, 35 (1988) 293-317; y la colaboración *Ma i giovani sono religiosi?* en *Note di Pastorale Giovanile*, agosto-septiembre 1988, pgs. 56-62.

rece la pena apostar hoy por un reconocimiento de lo «religioso sumergido» y por el desafío que supone para todos el deber de auscultarlo y de verificarlo en el deseo mismo de vivir, en la tendencia a la felicidad y a la realización plena de sí, etc. (3).

Referido a los jóvenes este ángulo de visión de las cosas, y en concreto de la dimensión religiosa de la vida, creo que representa un enfoque muy distinto al que se desprende de la simple consideración sociológica (que todos sabemos que es pesimista y que ofrece pocas perspectivas), en el sentido de que nos invita a prestar atención a la demanda implícita de religiosidad que subyace en no pocos de sus comportamientos y en su forma misma de vivir y exige que nos fijemos en apreciar cualquier indicio de nueva religiosidad que pueda adivinarse en todo lo anterior, es decir, que se nos reclama una especial predisposición para saber descubrir y valorar lo que de original y de cualitativo pueda darse en el estilo de vida juvenil.

En alguno de esos nuevos indicios está pensando probablemente el Documento que nos ocupa cuando declara que «hay jóvenes que, buscando una religiosidad más consciente, se preguntan por el sentido de la vida y encuentran en el Evangelio la respuesta a sus inquietudes»; o cuando, a la vista de ciertos síntomas positivos, invita a «esperar que la religiosidad de la juventud pueda crecer en extensión y en profundidad» (n. 18).

3. Observaciones complementarias y sugerencias operativas

Dada la brevedad de las insinuaciones que el Documento hace a propósito de la nueva religiosidad juvenil, y por considerarla en estos momentos una reflexión sumamente útil a la pastoral juvenil, quisiera agregar algunas anotaciones acerca de eso que hemos dado en llamar lo «cualitativo» del comportamiento religioso de los jóvenes y precisar con cierto detalle hacia dónde apuntan sus búsquedas e intereses. Trataré por último de ampliar el campo de iniciativas apuntadas por el Documento (n. 23) con nuevas sugerencias y criterios para la acción.

(3) Así lo entienden quienes han elaborado el documento *Ma i giovani sono religiosi?*, l.c., pgs. 58-59.

3.1. Algunos indicios de nueva religiosidad entre los jóvenes.

Se dan entre los jóvenes una serie de actitudes, reacciones, gestos, comportamientos o manifestaciones exteriores, que pueden ser leídos como indicio de una valoración positiva de lo religioso o incluso como un acercamiento efectivo, aunque ciertamente singular, a la experiencia religiosa. Lo que sucede es que no es posible hablar de esos síntomas o indicios de manera global e indiferenciada; es preciso distinguir entre unos sectores de jóvenes y otros. Voy a hacerlo aludiendo por separado a dos grandes segmentos o bloques juveniles: el de los que viven distantes de lo religioso tradicionalmente instituido o por lo menos manifiestan un desinterés habitual hacia ese campo, y el de los jóvenes más próximos, más familiarizados y positivamente interesados en descubrir y en iniciarse en la vivencia religiosa específicamente cristiana.

a) Entre los primeros es dado observar, por ejemplo, actitudes de curiosidad, y en ocasiones hasta de positivo interés, por todo lo que dice relación a lo misterioso, a lo mágico o sacral, al ocultismo. Les atraen experiencias para-religiosas o fantásticas, astrales, esotéricas (parapsicología, astrología, ufología), o prácticas espiritistas, o ciertos contactos con el exorcismo. Se confiesan buscadores de señales del más allá, de «lo sobrenatural último grito», es decir, de un sobrenatural o trascendente cuyos rastros por fuerza han de apreciarse también en el mundo natural y en el más acá. Son creyentes naturistas, horoscopistas, visionarios... Crece también la afición, seguida a veces de efectiva vinculación, a determinadas sectas o movimientos religiosos que se acercan a los jóvenes con sus tentadoras ofertas de colmar no se qué necesidades o demandas espirituales, como si de un verdadero «supermercado del espíritu» se tratase. Es el fenómeno de las llamadas «religiones de juventud» que, con diversos métodos o trucos de captación, inducen a no pocos jóvenes a incrementar el número de adeptos: y que algunos no dudan en calificarlas como «religiones de sustitución», por cuanto su papel no parece ser otro que el de reemplazar, con respuestas inmediatas, en buena parte simplistas y aparentes, el deseo más o menos sincero de religión experimentado por los jóvenes. Existe además en diversos ámbitos de la vida juvenil la tendencia a ritualizar y sacralizar situaciones de la vida cotidiana o acontecimientos que despiertan en ellos especial vibración, como es

el caso del deporte (el partido de fútbol al que se asiste como a una liturgia), del ocio y tiempo libre, de la música (conciertos-festivales de juventud), del consumo, etc.; con la consiguiente idolatría de personajes (ídolos de la canción, del cine, del deporte), de objetos (la moto, el coche, la moda y el vestido), y de experiencias (el ritual de la droga). Lo cual pone de manifiesto el natural empeño en crear mitos y símbolos («resacralizaciones» diría Luckmann), que proyecten una nueva dimensión sobre lo cotidiano, que despierten ilusiones, o aporten el necesario sentido a la vida. Y por último, fijándonos en algunos jóvenes en particular, diríase que se adivina en ellos una actitud propensa en cierto modo a la religión, entendida ésta en su sentido más elemental de religamiento o vinculación al misterio percibido de suyo como más próximo e inquietante, cual es el misterio de la vida. Les preocupa a esos jóvenes el misterio de la existencia, el sentido que pueda tener esta vida nuestra y la posibilidad de alcanzar la felicidad y la plena realización de las personas; y se apuntan con gusto a dialogar, discutir, confrontar e intercambiar reflexiones encaminadas a dilucidar tales cuestiones. Tan sólo no conviene olvidar que sus razonamientos, y los argumentos que de ordinario aceptan, no van más allá de las luces que procuran la ciencia y sabiduría humanas. Están abiertos con todo a un horizonte de sentido y a una invocación de transcendencia que facilita un diálogo las más de las veces ponderado, juicioso y deseoso de verdad.

No quiero decir que los fenómenos apuntados tengan como protagonistas invariables a todos esos jóvenes aludidos (con lo difícil que es suscitar participación y protagonismo en la desencantada masa juvenil), ni que dichos fenómenos representen sin más los indicadores positivos de la nueva religiosidad juvenil; antes al contrario, alguno o algunos de esos indicadores pueden y deben ser leídos, críticamente, como resultado de la influencia de la posmodernidad en ese campo. Tal sería el caso de la curiosidad por las iniciativas para-religiosas, en las que juega un papel preponderante el cultivo del sentimiento; o la tendencia a reapropiarse lo religioso de manera totalmente subjetiva (cada uno cree lo que quiere y como quiere sin necesidad de los demás; existen múltiples creencias y cada cual se apunta a la que más le gusta o mejor le va); o el hecho de considerar la religión como asunto privado y personal y, por ende, perfectamente respetable; o la separación, «de facto» consentida, entre creencias y actitudes éti-

cas (una cosa es lo que uno cree y otra lo que de suyo vive), pues si alguna ética se admite hoy es la del agrado o la de la estética (4).

b) Si nos referimos luego al otro sector de jóvenes, el que antes calificábamos de inquieto y positivamente interesado por descubrir y vivenciar lo original cristiano, nos encontramos aquí con grupos — generalmente los que más a menudo conocemos y tratamos— que manifiestan una serie de aspectos llamativos, como son: el deseo de conocer y de estudiar más en profundidad la Biblia como Palabra de Dios, unas ganas de vivenciar y de actualizar la experiencia de Iglesia desde el marco concreto del grupo cristiano y de la comunidad, una necesidad de referencias explícitas y claras a lo que pueda significar Dios, el Reino, la Iglesia, los sacramentos, etc., una búsqueda preferente de lo que entraña la dimensión «mística» de la fe, un interés por revalorizar lo celebrativo participando en ello activamente, una demanda no siempre claramente formulada de experiencias de oración y de contemplación, una particular sensibilidad a los valores evangélicos entendidos desde la proximidad efectiva a los pobres y marginados, un sintonizar en línea de principio con aspectos de la utopía cristiana tales como la paz, la no-violencia, la solidaridad, la justicia, el compartir, etc., una inquietud en suma orientada principalmente a conocer mejor a Jesús y su Evangelio con el fin de encauzar desde ahí la propia vida.

Claro está que no faltan tampoco deficiencias o situaciones donde el interés que esos jóvenes manifiestan por lo religioso y cristiano revela no pocas limitaciones. Se aprecia, por ejemplo, una clara tendencia (no en todos, es verdad, pero sí en una buena parte de los que comienzan) a tomar lo religioso por lo que tiene de disfrute, de goce compensatorio y evasivo, de autosatisfacción, de experiencia gratificante en una palabra; muy parecida a ésta es la actitud de quienes ejercen el «consumismo» religioso, aprovechando de la religión aquellos elementos que colman determinadas necesidades psicológicas de identidad y de seguridad, pero que en el fondo representa una especie de «fuga hacia lo sacro» o un replegamiento hacia formas consoladoras y mistificaciones de evasión del compromiso, actitud que evita el aden-

(4) J.L. SANCHEZ NORIEGA: *Las nuevas creencias postmodernas*, en *Pastoral Misionera*, julio-agosto 1986, pgs. 372-375.

trarse en el dinamismo progresivo de madurez y de exigencia que comporta el seguimiento de Jesús; lo mismo cabe decir de quienes asimilan lo cristiano a través de experiencias sueltas (unas reuniones de grupo por acá, eucaristías juveniles por allá, convivencias o encuentros de reflexión y de oración en los momentos fuertes, iniciativas de compromiso de vez en cuando...), sin llegar a descubrir cabalmente que la fe cristiana constituye una experiencia global que afecta y alcanza a la totalidad de la vida.

Las apreciaciones que acabo de hacer recogen algunas de las tendencias o indicios de por dónde se orienta hoy día el interés religioso de los jóvenes. Quedarán sin duda otras más por detectar y descubrir, pero las apuntadas reflejan en buena parte lo que es el cuadro pluriforme de la religiosidad juvenil.

Nos preguntamos ahora, a partir de lo dicho, qué atractivo concreto tiene la fe/religión para algunos de estos jóvenes, es decir, qué es lo que buscan en su intento de acercamiento y de vivencia de lo religioso.

3.2. ¿Qué buscan o desean encontrar los jóvenes en lo religioso?

No resulta fácil precisar las diversas razones que motivan hoy día a los jóvenes hacia lo religioso. Como es de suponer, cada cual recurre a ello desde la situación vital o existencial que le caracteriza. En unos puede ser el hecho de sentirse decepcionados por los ideales y modelos ofrecidos por la sociedad contemporánea o el vacío que experimentan al no haber descubierto todavía la verdadera razón para vivir la vida con sentido, mientras que en otros puede ser el deseo de avanzar por un camino que conduzca a la realización de sí mismos, o de conocer más y mejor un mensaje descubierto como atrayente en el que desearían inspirar su proyecto de vida, o sencillamente la intención de responder a una llamada percibida en su interior como vaga inquietud y a la que les gustaría poder corresponder debidamente.

Por todos esos variados motivos acuden los jóvenes a experimentar de cerca el misterio de lo religioso o a dilucidar más y más la oferta cristiana, siempre con la esperanza de poder encontrar ahí una respuesta a sus anhelos y preocupaciones. Por ello voy a tratar de pre-

cisar a continuación algunas de esas cosas que ellos buscan, fijándome sobre todo en lo que, a mi entender, dejan traslucir sus demandas, necesidades o intereses.

Y así, para algunos, es la necesidad de encontrarse a sí mismos, de lograr la identificación comprobada de lo que son o quieren ser, y ello a través del diálogo y la escucha, o de la confrontación con proyectos o planteamientos de vida que el mensaje religioso procura y proporciona.

Para otros, en grado progresivo, es el deseo de valorar la vida cotidiana, de encontrarle un sentido algo más profundo a las múltiples experiencias de que ya disfrutaban y que no terminan de satisfacerles, de llenar un vacío psicológico o existencial, una demanda de sentido, en suma; sin olvidar a quienes, avanzando en este mismo camino e iluminados ya desde la fe, tratan de profundizar el mensaje cristiano y las exigencias concretas que de él se desprenden y apuestan por una lectura de la realidad y de la vida desde la misma óptica del Evangelio (5).

En algunos jóvenes que han percibido ya y sufrido tal vez los efectos negativos de una sociedad injustamente configurada, frente a la cual les nace un afán de protesta y de rebeldía por tantas injusticias reales, el acercamiento a lo religioso se cifra en la aspiración a soñar una utopía desde la que poder criticar y denunciar lo que en la sociedad advierte de inaceptable y desde la que poder dinamizar también sus anhelos de transformación y de lucha, de cambio y de actuación real; utopía que naturalmente suministra a los creyentes el respectivo credo religioso y que, para los cristianos, no es otra que el Reino de Dios, a cuyo impulso y realización se nos convoca a colaborar (6).

Tampoco faltan jóvenes a quienes el atractivo por lo religioso les ha surgido junto con el ansia/necesidad de una comunicación sincera, de encuentros cálidos, participativos y fraternos, en los que poder superar el anonimato, la falta de acogida, el aislamiento y la soledad,

(5) Ver en este sentido la colaboración de M. KESTEMAN: *Paramètres nouveaux des jeunes d'aujourd'hui*, en *Lumen Vitae* XL (1985) 19-32.

(6) Ver J. CERVERA, l.c., pg. 49.

de ganas de vivir experiencias más o menos intensas de comunión y de ensayar diversas iniciativas de compartir, que preparan poco a poco a opción comunitaria.

Lo que otros desean tener es precisamente una fe y un ideal al que entregarse, medio intuyendo que a través de experiencias religiosas es como llegan también a realizarse y afirmarse; porque rehúyen la monotonía rutinaria de las instituciones con las que están en contacto, buscan ávidamente experiencias que liberen y transmitan ilusiones de vivir. Algunos recurren a la religión como medio de comprometer seriamente sus vidas y de canalizar las propias ilusiones y energías, aun a sabiendas de que esto les va a pedir esfuerzo y sacrificio, y asumiendo ese compromiso como una forma de ser tomados en serio por Dios y por los demás y de verse confiar ciertas responsabilidades, sin necesidad de aguardar a ser maduros y perfectos para realizar tareas importantes (7).

La ilusión de otros es poder encontrar testimonios vivos y directos más que doctrinas teóricas, referencias inmediatas a «valores de vida» más que a normas de conducta. No faltan quienes lo que en el fondo precisan son maestros o modelos en quienes poder mirarse, personas creíbles y que den seguridad (algunos llama a esto el «síndrome del guru»), y piensan encontrarlos en los líderes y animadores religiosos (8).

Existe por último en no pocos jóvenes la tendencia a considerar el ámbito religioso como el lugar de la celebración y de la fiesta, de la alegría compartida y del deseo de salir de sí: y en ese ámbito pretenden satisfacer su necesidad de expresión estética y festiva, lúdica y simbólica, como también el aprecio que sienten hacia la contemplación y hacia la faceta mística de la fe. Nada es de extrañar, por tanto, que a esa dimensión ritual-festiva y estática de las religiones en general los jóvenes le hayan prestado siempre un interés particular y que sean ellos precisamente los que con su participación activa y creativa más hayan contribuido a desarrollar y potenciar esa dimensión celebrativa.

7) Ver M. KESTEMAN, l.c., pg. 30.

8) Ver F. MASTROFINI y A. NANNI, o.c., pg. 97.

Con estas o parecidas demandas, y otras muchas que aquí no figuran, se acercan los jóvenes al umbral de lo religioso; una vez franqueado ese umbral, es posible que aquello que venían buscando llegue a hacerse experiencia vital y vaya colmando progresivamente sus deseos y aspiraciones, pero también es posible, y es algo que sucede con harta frecuencia, que sus búsquedas o se tornan momentáneas o no encuentran el nivel de satisfacción al que aspiraban, y por ello abandonan, desisten y se apartan de la experiencia iniciada.

En cualquier caso, a los que ejercemos cerca de los jóvenes tareas educativas y pastorales nos incumbe la obligación de conocer bien este tipo de necesidades de las que pueden surgir demandas religiosas. Porque es obvio que los jóvenes no siempre declaran abiertamente su interés por lo religioso, sino que la mayoría de las veces subyace en ellos como algo imperceptible, y es preciso detectarlo con sumo cuidado y atención. Advirtiéndolo, aunque sea de manera global, que en algunos de ellos la curiosidad les lleva, como apuntábamos antes, a tomar contacto con lo misterioso y sacral, con lo «sobrenatural mundano»; que en otros se percibe un interés explícito por iniciarse activamente en la religiosidad y fe evangélicas; y que en la inmensa mayoría esa disposición o apertura hacia lo religioso, como indicábamos precedentemente, permanece implícita o latente en la manera que tienen de orientar su vida, de aspirar a la felicidad y a la realización plena de sí mismos, en los interrogantes que a veces se plantean acerca del sentido del vivir humano, de las condiciones en que éste se desarrolla en medio de la compleja trama social, etc. Y que es a esta inmensa mayoría, y a sus preguntas aún no formuladas, a la que debemos mostrar una sensibilidad y dedicación considerables (9).

3.3 Sugerencias pedagógicas para el quehacer educativo y pastoral de la escuela católica

Además de las ya formuladas en el Documento y que requieren, según los casos, «volver a empezar desde los fundamentos, integrar aquello que los alumnos han asimilado, dar respuestas a las cuestiones

(9) Ver en este sentido las sugerencias que aporta el documento *Ma i giovani sono religiosi?*, l.c., pgs. 56-62.

que surgen en su espíritu curioso y crítico, destruir el muro de la indiferencia, ayudar a los ya bien educados a llegar a un 'camino mejor' y darles una ciencia unida a la sabiduría cristiana» (n. 23), me gustaría precisar algunas orientaciones pedagógicas que conviene tener en cuenta en la labor pastoral a desarrollar con jóvenes en el marco de la escuela católica.

La primera de ellas se refiere a la necesidad de *referencias*, para que cobre fuerza el deseo de transmitir a otros (jóvenes) lo que de verdaderamente valioso se ha descubierto en la propia experiencia de fe (10) y para que el testimonio de vida continúe siendo la forma privilegiada de educación religiosa (11), así como para que el camino de maduración en la fe de los jóvenes no se vea frenado por la inseguridad o la incertidumbre ni termine interrumpiéndose por desconocimiento de la meta hacia la que se les invita a caminar.

Hablamos de unas referencias que han de ser no sólo doctrinales, sino sobre todo y principalmente vivenciales. Y abogamos porque esas referencias vengán transmitidas a los alumnos, además de por el ejemplo testimonial de cada educador creyente, por la comunidad educativa en cuanto tal, ya que de suyo nadie hay más indicado que una comunidad cristiana que comparte verdaderamente su fe para inducir a otros a alcanzar esa misma vivencia comunitaria de la fe.

Sucede por lo demás que esta dimensión comunitaria de la fe en Jesús, con lo que implica de relación inter-personal, constituye uno de los aspectos del misterio cristiano con el que mejor sintonizan los jóvenes y hacia el que se sienten particularmente atraídos, en opinión de los participantes en el reciente XII Foro sobre el Hecho Religioso (12).

Otra actitud pedagógica que no puede faltar en una labor educativa y pastoral dedicada a jóvenes es la de *disponibilidad* abierta y sin recortes de ningún tipo que permita estar al servicio de los jóvenes de manera incondicional. Solamente desde esa capacidad de estar con

(10) Cfr. EN 46.

(11) Cfr. EN 21.

(12) Cfr. A. BLANCH: *¿Qué ofrece nuestra sociedad a los jóvenes?* en *Razón y Fe* Noviembre 1988, pg. 354.

ellos el tiempo que haga falta es como los propios jóvenes irán percibiendo que hay alguien que les valora y toma en serio y que no tiene mayor problema en hacerse «compañero de fatigas», porque entienden que el avanzar hacia la madurez humana y cristiana conviene hacerlo juntos y en proximidad recíproca. Y quien dice disponibilidad dice también presencia, cercanía, relación pedagógica de *inculturación*, entendiendo esta inculturación en el sentido propuesto por el P. Arrupe de «dejarnos transformar por ella (por la inculturación), lo cual no es un mero conocimiento teórico de las nuevas mentalidades, sino una asimilación experiencial del modo de vivir de los grupos con los que hay que trabajar» (13).

Entrar en contacto con los jóvenes no es algo que se consiga fácilmente por parte de los adultos, ni siquiera cuando éstos son educadores, debido al distanciamiento psicológico y sobre todo cultural que media hoy entre unos y otros. Por eso, si se nos ofrece la oportunidad —y las plataformas de convocatoria y acompañamiento pastoral a las que los jóvenes acuden con una cierta voluntariedad representan una de esas oportunidades excepcionales—, debemos aprovecharlas al máximo. Quiere esto decir que a través de la mediación educativa religiosa se nos brinda la ocasión de entrar en contacto de forma gratuita con los jóvenes (circunstancia con la que no suelen contar, por ejemplo, otras instituciones sociales), lo cual deberá estimularnos a adoptar por nuestra parte un talante de particular dedicación capaz de suscitar la confianza y credibilidad.

Pensando además en la faceta religiosa que intentamos educar en los jóvenes, no podemos dejar de apelar al necesario conocimiento y a la conveniente utilización de la llamada *pedagogía religiosa*, la cual, aunque se inspira en parte en las mejores directrices actuales de la pedagogía general, utiliza también por su cuenta un dinamismo educativo singular que podríamos formular como el favorecimiento de las preguntas de significado, seguido de las preguntas de sentido, que conducen a preguntas de invocación.

¿A qué se refiere en concreto esa dinámica educativa de preguntas sucesivas? Lo explicaré en breves palabras.

(13) P. ARRUPE: *Carta sobre la inculturación* (14 mayo 1978).

Invitar a los jóvenes a hacerse *preguntas de significado* consiste en propiciarles que, a raíz de los acontecimientos cotidianos, a partir de las situaciones concretas que viven o de los hechos particulares que les afectan, no dejen de preguntarse: «y esto que acaba de sucederme... ¿qué representa para mí?», «¿por qué me ha pasado de la forma que me ha pasado?», «¿por qué precisamente en estas circunstancias...?», «¿qué repercusiones va a tener en mi vida?», «¿cómo debo encajarlo?», «¿qué es lo que va a suponer en mi vivir diario, en mis relaciones, en mi quehacer inmediato, en mis planteamientos de todo tipo...?»

Si los jóvenes se van habituando poco a poco a estos o parecidos interrogantes, llegará un momento, después de ciertos recorridos vitales importantes, en que no les quedará otro remedio —o así habremos de hacérselo ver los educadores— que enfrentarse y hacerse preguntas algo más profundas y globales, las llamadas *preguntas de sentido*, y que poco más o menos podrían sonar de esta manera: «mi vida, tal como me está saliendo, ¿termina de convencerme y de llenarme?», «¿vale la pena seguir viviendo así?», «¿qué sentido tiene hacer lo que yo vengo haciendo?», «¿me siento útil y realizado?», «¿me reconozco feliz?», «¿me encamino sereno hacia un proyecto de vida coherente?», «¿estoy seguro de lo que quiero alcanzar y de cómo voy a conseguirlo?», «¿tengo las claves para orientar mi vida con ilusión y perspectiva de futuro?», «¿me falta alguna referencia decisiva...?».

Llegados a cuestionamientos de esta índole, es probable que aquellos jóvenes que todavía no han alcanzado el verdadero sentido de sus vidas se pregunten deseosos —quién sabe si como anhelo inconfesado o como pregunta no claramente formulada, y esto serían ya *preguntas de invocación*— cosas por este estilo: «¿cómo tendría que encarrilar mi vida para que fuese de otra manera?», «¿existirá otra forma de vivir?», «¿quién va a revelármelo?», «¿existirá una vida con sentido?», «¿quién podrá mostrármela?», «¿existirá una luz capaz de iluminar debidamente la razón del humano existir?», «¿dónde podré encontrarla...?»

Abocados a este punto, si es que a este grado de cuestionamientos confiamos en poder llevar a los jóvenes, cabe decir que se ha alcanzado el momento propicio para ofertar la «propuesta cristiana», es decir,

para indicar y presentar a Jesús de Nazaret, su persona y su obra, como alguien que ha llegado a vivir la vida con sentido pleno y como un posible ideal a seguir, siempre y cuando podamos testimoniar concomitantemente, claro está, que nosotros mismos, en tanto que educadores creyentes, hemos asumido y hecho propio ese mismo ideal como referencia suprema de nuestro actuar y existir.

Quiero aludir por fin a otro factor pedagógico de notable incidencia en el quehacer pastoral con jóvenes, y que consiste en lo siguiente: en la necesidad de proyectar y desarrollar la educación religiosa a través de un *proceso* convenientemente largo como para que todos los dinamismos de crecimiento y de maduración alcancen el objetivo prefijado. Un proceso que habrá de ser a la vez extensivo e intensivo, en planteamientos, vivencias, manifestaciones de vida cristiana, etc. Y que deberá tener suficientemente en cuenta los elementos que de suyo lo van a hacer viable, como son, entre otros, el saber con bastante exactitud «desde dónde y hasta dónde» se quiere hacer avanzar a los jóvenes en el camino de fe, el servirse del «pequeño grupo» como de un recurso que proporciona excelentes posibilidades pedagógicas, pero que no está exento de peligros tales como la cerrazón o el espíritu de ghetto, la «programación» realista y proporcionada de etapas, ritmos, actividades adecuadas, etc.

Sin proceso establecido y sin continuidad suficiente para hacer evolucionar y crecer los dinamismos propios de la persona y para iniciar en la globalidad de aspectos que entraña la fe, se corre el peligro de fracasar en la responsabilidad educativa de lo religioso. Quedarse en actividades sueltas o en intervenciones esporádicas es algo que, por la experiencia repetida y poco fructuosa, no vale la pena contemplar, de no ser en casos excepcionales y donde no existan otras oportunidades. El ideal con todo al que debe tenderse es el de una educación gradual, progresiva y cuidadosamente acompañada.

Conclusión

En estas páginas he tratado de hacer ver el acierto con que el Documento de la Congregación para la Educación Católica se refiere a determinados aspectos que conviene tener en cuenta a la hora de plan-

tearse el quehacer educativo de la dimensión religiosa en la escuela católica, como son, entre otros, la necesidad de conocer la condición juvenil, y de modo singular las demandas religiosas de los jóvenes, así como el imperativo que de ahí se desprende de conformar a esas demandas las propuestas educativas que intentamos hacer desde la plataforma escolar.

He procurado además proporcionar por mi cuenta algunos elementos o claves nuevas que ayudasen a interpretar en sentido positivo determinadas inquietudes religiosas que se advierten en los jóvenes. Y sugerir algunas pistas de carácter pedagógico con vistas a mejorar y perfeccionar el trabajo educativo y pastoral con los alumnos.

Sólo me queda por desear que los criterios y juicios expresados, lejos de intimidar a los educadores, consigan infundirles ánimos y proporcionarles alicientes renovados para seguir adelante en la meritoria labor pastoral y educativa que ya vienen realizando.